

Guillermo Feliú Cruz (*)

Interpretación de Vicuña Mackenna: un historiador del siglo XIX

ENSAYO



A historia de los libros de Vicuña Mackenna ha sido narrada por él mismo. Es el escritor chileno que más ha revelado en sus numerosas páginas, la poderosa individualidad de que estaba dotado. Es el que más ha hablado de sí en sus obras. El que ha tenido más confidencias con el público y ha revelado el fondo mismo de su ideología y anhelos de escritor. Se ha entregado al público—a su público, y hubo y hay uno que jamás le ha abandonado—sin

(*) Guillermo Feliú Cruz. Profesor de Historia Americana en el Instituto Pedagógico y de Historia Constitucional de Chile en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Jefe de Sección y Conservador de la Sala Medina de la Biblioteca Nacional. Se ha destacado como investigador acucioso y erudito. Es el autor de innumerables artículos y ensayos históricos sobre los diversos problemas de la evolución del país, y de notables trabajos bibliográficos. Son valiosos sus opúsculos biográficos sobre Enrique Matta Vial, José Toribio Medina, Vicente Pérez Rosales y Vicente Reyes; sus ensayos sobre la evolución social de Chile durante el siglo XIX y en el siglo XX; sobre la abolición de la esclavitud; sobre Barros Arana y el método analítico en la Historia y sobre las encomiendas, institución básica de la Colonia.

escrúpulos ni reticencias. La seriedad, la ponderación, no está en su carácter. No sabe ni de la gravedad ni del tono magistral. Es, en cualquiera de sus actitudes, la sencillez misma. Siempre comunica a sus escritos algo personal, íntimo, que nos atrae por el sabor de confidencias con que salen de su pluma las revelaciones que nos brinda. Al encanto de un estilo preñado de luces, al derroche de una imaginación potente, a la viveza y fuerza en la expresión, a la sensibilidad rica en matices y tonos, a la naturaleza ardiente, poética y soñadora, se unen en Vicuña Mackenna otras cualidades que nos hacen su prosa tanto más atractiva: la condición expansiva, amistosa, cordial de su temperamento. Ese don comunicativo es el que atrae al lector, lo aprisiona y lo hace suyo.

Cuando no nos revela—y hasta con ingenua indiscreción algunas veces—el fondo mismo de sus pensamientos, cuando desaparece el hombre en sus escritos, cuando trata de que su mano de artista no se sienta, entonces busca los efectos de impresión en otros recursos que nos son también muy gratos. Recurre a la anécdota animadora, a la conseja oída y escuchada en los diversos fondos de la extracción social, al sabroso comentario de la tradición arrancado por él a la crónica colorida del pasado, que pudo recoger en sus andanzas de inquieto caminante. Desde este punto de vista, los libros de Vicuña Mackenna tienen un inmenso sentido humano. Son, diría Montaigne, libros de buena fe. Hay en ellos, además, frescura acariciante, perenne lozanía.

Esta hábil manera de desenvolver la técnica de su arte en el escritor, no es toda. El artista posee el recurso supremo que sabe combinar cada una de sus brillantes condiciones en una sola que las resume a todas. Hemos hablado de la imaginación, de su fantasía. Aparece en toda la latitud de la obra. Y es un acontecimiento en la historia de la literatura nacional. Imaginación no ha faltado en las letras chilenas: la tuvieron, y en alto grado, Blest Gana, el novelista, y su hermano, el poeta; Isidoro

Errázuriz, el diarista, y Guillermo Matta, también poeta, y acaso otros en un sentido más restricto. Pero ninguno excede a Vicuña en la fuerza de ella, en la hondura y persistencia. Hemos creído encontrar el origen de esta cualidad suya en su herencia irlandesa y así lo he sostenido en otros ensayos de análisis espiritual (1). Imaginación desordenada, si se quiere, que ha llevado a algunos críticos a negarle su título de historiador; pero que ha iluminado con sus dones nuestra pasada sociabilidad, mejor que lo que pudieron hacerlo otros historiógrafos de más método y envidia, a quienes llamamos clásicos. Ese poder de la imaginación le ha servido a Vicuña Mackenna para dar relieve a sus reconstrucciones del pasado. La ha puesto al servicio de la historia, y, al evocarla, nos ha alumbrado con fuerte luz nuestro pasado. La ha puesto al servicio del diario en que defendió sus principios, y el diarista que entregó a los tórculos, con vertiginosa rapidez sus larguísimos artículos, supo mover y entusiasmar a la opinión pública. La ha puesto al servicio de sus anhelos de estadista, de reformador, de político, de orador, y el hombre de combate consiguió por ella imponerse en el tropel de las muchedumbres y conducirlas por su ideal. La ha puesto a servicio de los intereses públicos de cualquier género que fuesen, y por ella triunfó y logró hacerse oír. Merced a ella, idealizó las realidades, transformó una capital soñolienta e hizo vergel un peñón. Obtuvo con su imaginación trabajar como con un resorte poderoso.

A ese don supremo de la imaginación creadora, a ese su temperamento cordial, a ese don comunicativo del espíritu siempre claro y sensible, hay que añadir los logros de una asimilación rápida y fecunda. He aquí una cualidad propia de su estirpe, es decir, de su raza latina, española, vasca, llámesela como se quiera. Esto es tan suyo como irlandesa su fantasía. El alma

(1) Consúltese: Guillermo Feliú Cruz: *Interpretación de Vicuña Mackenna. El Historiador*. Santiago, 1931.

de Vicuña nos denota, junto con su claridad espiritual y su extraordinaria facilidad de asimilación, su herencia latina. Nos seduce por la extensión de su cultura, abierta, fácil, rápida, actual, por la infinita variedad de los conocimientos. La oportunidad de sus citas, la feliz asociación de las ideas, la rapidez en las comparaciones y el sentido con que sabe enhebrar sus puntos de vista, le conducen siempre a aciertos inesperados. Es incuestionable que su cultura no fué nunca sistemática. Leyendo las páginas del escritor se ve la falta de unidad, la ausencia de toda metodización en ella. Tampoco se observa una honda reflexión filosófica. Y se comprende: autodidacta, que bien poco o nada debía a la escuela, su formación intelectual era la obra de la buena voluntad de su iniciativa. Sólo el amor a la lectura, vehementísimo desde sus más tiernos años, y la observación directa arrancada en sus viajes, habrían de darle la diversidad de conocimientos que hoy nos sorprenden. Pero esta cultura desordenada el escritor sabe aprovecharla como un recurso de persuasión y la dispone a su favor a las mil maravillas. Recorriendo sus libros, sus artículos de diarios y revistas, hojeando sus discursos y folletos, en los que la cantidad es tanta como asombrosa la multiplicidad de los temas tratados, obsérvase, al punto, con cuánta rapidez se ha leído y con cuánta más ha debido asimilarse esa prodigiosa variedad de materias que abarcan desde la concepción puramente empírica de una idea hasta el conocimiento práctico de un cultivo agrícola.

Es un hecho curioso que los tres historiadores del siglo XIX—Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna—que más acentuada acción han dejado en la historia política y literaria de Chile, fueran enciclopédicos en la cultura. Los tres derivaban de la tradición de Bello, y los tres se inspiraron en el ejemplo no igualado del maestro caraqueño. Sin embargo, mientras en Amunátegui y Barros Arana la cultura toma formas de pura ilustración académica, en Vicuña Mackenna es una cosa viva, práctica, de utilidad inmediata. El hombre público

se revela en este sentido con proyecciones más amplias que en las luchas doctrinarias, en las cuales ha debido ceder por las circunstancias de los acontecimientos. Cuanto la ciencia tiene de práctico, cuanto puede de ella aprovecharse, Vicuña Mackenna lo transforma en realidad. La agricultura, con sus métodos más modernos. La mineralogía, con sus descubrimientos últimos. La medicina, con sus nuevas concepciones de la higiene. La geografía económica que plantea el problema de las vías de comunicaciones. La política criminal que desecha la forma represiva. La urbanización que reclama una mejor distribución de las ciudades. En fin, cualquiera conquista del pensamiento científico, encuentra en este hombre su ejecutor inmediato y su divulgador esforzado para aplicar prácticamente sus resultados, y aprovecharlos en beneficio de su país. Obra lo mismo que Pérez Rosales, y que Isidoro Errázuriz, en el sentido de servir las conquistas de la ciencia para Chile. Pero es más amplia su tarea que la de aquellos dos. Se bifurca en más caminos de acceso y eclosión (1).

Para ello contaba con un estilo vibrante. Las características del suyo se suman a las mejores condiciones de su espíritu: a la imaginación, a la cultura, a la sensibilidad, y a la energía, que habían de dar el escritor más completo de su siglo. Conoce y sabe del valor de la ironía. La ironía natural, espontánea, sale retozona de los puntos de su pluma. Le ha servido admirablemente en su formidable tarea de diarista y de escritor de las cosas del presente y del pasado. Una sonrisa suya ¿no ha descubierto el tono de un ambiente? En cambio, en la polémica se ahoga su humorismo. La vehemencia de la lucha lo impulsa con tal fuerza que le hace perder el sentido de la lógica. No era ésta su cuerda. La grandeza estirada de su frase, la aristocrática majestad de su estilo cuando escribe emocionado y asocia a su lenguaje, a veces

(1) Véase mi estudio: *Vicente Pérez Rosales. Estudio crítico*. Santiago, 1946, págs. 96-97.

incorrecto, la sensibilidad de una imaginación meridional, nos revela al artista tal cual es.

Uno de los críticos de Vicuña Mackenna que mejor ha estudiado, a nuestro juicio, las condiciones de su estilo, ha escrito esta página admirable: «No se debe confundir la exuberancia con la riqueza—dice René Moreno—y nada iguala a la riqueza de su estilo, preñado de intuiciones, evocaciones y remembranzas de toda especie, que de paso prorrumpen en un reguero de luces de mil colores sin ofuscar jamás ni apagar la lámpara central de la unidad. Sus pensamientos alientan y discurren en ambiente tan puro y si decimos tan vibrante, que hasta los más fútiles y falsos alientan al contacto y se incorporan animosos en las ondas que se suceden a las ondas y a las ondas como raudal circulatorio en el organismo del escrito. La gentileza de su habla castellana, que en los últimos años ha tocado, por fin, a un raro primor de vocabulario y de corrección a la moderna, no es gentileza elegante sino desenvuelta, que coloca a este prosador muy sobre encima de los puristas esmerados, faltos a menudo de calor, de espontaneidad y de brío».

«Digan lo que quieran los que dicen: yo me contento con ser claro. La desnudez de estos escritores, si no es en su caso un estilo relevante de desnudez, pondrá sus más originales concepciones a merced del primero que las hiciere suyas, imprimiéndoles la vida palpitante del estilo. Según lo acreditan los anales del arte, esa vida consiste en la juventud duradera de las obras. Y decimos que, si a tan precaria suerte queda expuesto el robusto parto lanzado en cueros al campo de las letras, o con indigente vestidura, no debemos olvidar que imitando Solís la majestad de las formas historiográficas latinas, escribió con el pincel elocuente de su estilo, la peor conquista de México que se conoce, y la escribió en las páginas de un libro que no envejecerá fácilmente».

«Recordando que no pocos escritores, hoy olvidados, causaron la admiración de sus contemporáneos, nos hemos pregun-

tado con inquietud: ¿hasta qué punto este éxito corresponde al de esa lozanía persistente de los campos elíceos de las letras, lozanías que no agostan los tiempos, o bien al de la gallardía matutina de las rosas, que duran lo que todos sabemos que duran? ¿Quién se atrevería hoy a afirmar lo uno o lo otro? Entre tanto, nada impide reflexionar sobre la hipótesis de que muy bien pudiera suceder que notoriedad tan calificada, es en las obras de Vicuña Mackenna síntoma de larga y duradera vida».

No toda la obra de Vicuña merece este juicio. Es demasiado dispareja para envolverla en un concepto tan general. Ha abordado tantos géneros y tan diversos todos, que no siempre el talento del escritor se encuentra en todos ellos. En cambio, desde otro punto de vista, sus obras señalan siempre un momento de su existencia, un estado de alma, por decirlo así. Siguiéndolas, encontramos el proceso psicológico por que el autor ha debido pasar. Forman el nexo que nos explican su biografía. Leyendo ahora sus libros, interpretándolos a una distancia de más de medio siglo con el espíritu desengañado y escéptico de nuestra generación, extraemos el más precioso material para reconstituir la historia de su espíritu. Nada llama más la atención ni nada es comparable con el idealismo de Vicuña. La fe ardorosa en los principios, los anhelos de justicia, la nobleza de los sentimientos, el patriotismo exaltado, la virtud del desinterés a toda prueba, las pasiones violentas agitadas por un móvil sano, todo eso llena su personalidad de rasgos singulares, nada comunes a nuestra idiosincrasia. Naturaleza llena de energías, con un entendimiento robusto hasta el extremo, poseído de una actividad febril, casi loca, no es posible encontrar en toda la larguísima jornada de su obra de escritor, un plan que revele la especialidad característica que lo impulsa en la carrera de las letras. En este sentido, difiere de la mayoría de los escritores del pasado siglo. Si es verdad que en casi todos ellos la política se mezcla de manera especial a las tareas de las letras, como ocurre con los hombres del siglo XIX, en el caso de Vicuña Mackenna

la ausencia de una vocación constante y exclusiva y los ajetreos de la vida partidista, asumen proporciones no igualadas. Así, en Alberto Blest Gana el cultivo de la novela oscurece los méritos del diplomático. En sus hermanos Guillermo, los versos son su mejor galardón y en Joaquín, el político hace desaparecer al escritor. En Barros Arana, el historiógrafo y el educador agigantan su figura. En Amunátegui, el prosista y el político se prolongan en la posteridad. Lo que queda de Lastarria es su obra sociológica. En Letelier y en Medina lo que singulariza la tarea, en el primero, es también la sociología y, en el segundo, el bibliógrafo aparece dominando toda la tarea. La diversidad de géneros cultivados por Vicuña Mackenna hace imposible su clasificación. Es el polígrafo más variado. En un plano muy inferior, hay otra figura que puede comparársele en la diversidad de materias tratadas. Barros Grez, con menos bríos, con muchísimas mayores limitaciones intelectuales, se lanza en la carrera de las letras con una fecundidad realmente enciclopédica. Pero el talento no se anida en él con la fuerza creadora que en Vicuña. Le falta el realismo de las proporciones y las condiciones estéticas externas que hacen perdurable la obra literaria. El ingenio flexible y ameno de Vicuña Mackenna ha sabido triunfar en cualquier género que haya abordado. No escribió versos propiamente, pero nadie dejaría de reputar como de la más alta expresión poética, algunas de las páginas íntimas de su diario de juventud, lo que prueba que si no llegó a usar el metro, tal como en su tiempo se le entendía, fué únicamente porque no quiso hacerlo. No escribió novelas de pura fantasía ¿pero no son acaso novelas históricas algunas de sus leyendas históricas en donde la ficción con el nombre de tradición no distingue el imperio de la verdad? Tal como hoy se entiende la biografía que André Maurois puso de moda—la biografía novelada—muchos de los libros de Vicuña podrían clasificarse en este género. Y a la verdad que puede decirse que entre nosotros fué el precursor, sin quererlo, de esta escuela. La crítica, por otra parte, ha lamentado que un

hombre como éste que poseyó todas las más altas condiciones del novelista, no ejercitara el arte conforme los cánones que lo rigen, y sólo nos dejara fragmentos, por decirlo así, en los cuales evidenció sus condiciones. Tampoco cultivó el drama en la acepción clásica de los tratadistas; pero habrá que convenir que hay páginas debidas a su pluma que exceden a la dramaticidad exigida por la misma preceptiva. Esas páginas, arregladas a un diálogo hábil y perfectamente combinado, podrían dar de sí excelentes argumentos de intensa emoción humana. En este aspecto puede decirse de facultades de que estaba dotado para sobresalir en el cultivo de esas artes.

Quizá parezcan superfluas estas reflexiones y hasta exageradas. A lo largo de toda su obra literaria, estudiada cuidadosamente, ellas resaltan, sin embargo. Se olvidan siempre al juzgar algunos de sus libros. Así, por ejemplo, cuando se habla del poeta nadie recuerda los poemas en prosa que son algunos párrafos del diario juvenil. Del novelista, sus leyendas noveladas como la *Quintrala*, aunque la materia sea rigurosamente histórica, o bien esas admirables biografías que se inician con *El Ostracismo de los Carreras* y se prosiguen a lo largo de toda la obra de su vida, que no excedió demasiado a los cincuenta años. Y cuando decimos que en Vicuña existían las condiciones de un dramaturgo, también se olvida esa página llena de dramaticidad que se llama *El Crimen de Curicó, Un duelo a muerte*.

El siglo en que nació lo obligó a buscar en otras actividades de la literatura la orientación definitiva de su fisonomía de escritor. La política no pudo sustraerlo a la vida puramente contemplativa que necesita la belleza. Por lo demás, no es posible olvidar que el escritor nace en un momento en que su patria está en formación, en un instante en que luchan una guerra a muerte los ideales del siglo XVIII, ya decadentes, para dar paso a los del siglo XIX. Para un joven animoso de corazón e impresionable como éste, en cuyo hogar las tradiciones hablan más claro que los libros, la actitud que debía observar, no era dudosa.

La acción, la lucha, reemplazarían al artista contemporáneo. Vicuña Mackenna concluyó transformándose en un civilizador, en reformista, en caudillo, en revolucionario y demoleedor, en político y estadista de avanzada, en viajero proscrito, que observa y atisba para su patria las conquistas de la cultura de otros países para implantarlas en ella. Ya en otra ocasión lo hemos dicho:

«La grandèza moral de América fué hecha por hombres iguales, pero en ningún caso superiores a Vicuña Mackenna. Grandeza moral más bien difundida, con el ejemplo, en el libro y la elocuencia, en el diario y la tribuna en la cátedra y en la magistratura; pero que no fué efectiva y real, porque no penetró en el sentimiento de la masa gregaria, analfabeta, supersticiosa y enviciada. En la clase culta forma una conciencia ciudadana, en la masa, fué bulla y oropel. Eran aquellos, por lo demás, los días del romanticismo político y literario del siglo XIX. Las cosas vistas por estos soñadores tenían el color de la ilusión de una esperanza. Este romanticismo político de la segunda mitad del siglo pasado, representado en América por sus más grandes prohombres: Mitre, Sarmiento y López en la Argentina; Paz Soldán y Palma en el Perú; García Moreno y Montalvo en el Ecuador; Rafael Núñez y Arboleda en Colombia; Acosta en Venezuela y Juárez en México, aspiraba hacia una patria emancipada de los resabios coloniales, y ellos creían en las virtudes republicanas de la América regida por fórmulas democráticas. Empero, la obra de Vicuña Mackenna nos parece más vasta que la de sus contemporáneos. Sin ser propiamente un jurista, lucha por el derecho. No hay problema de interés público que no hiera su interés. Su mejor tribuna está en el diario y de ella hace una palanca poderosa con que mueve y excita la opinión pública. Buscaba en la historia lo que presentía su visión; iba a ella como a fuente de enseñanza. Con ser tan chilena su acción, fué también netamente americana. ¿Quién levantó más alto la voz para consagrar el ideal de Bolívar de la América Unida? ¿Quién habló con

más vigor para hacer del americanismo una doctrina, que iría contra los destinos de su propia patria?

«Nadie ha sentido con más fuerza entre los escritores del Pacífico, nadie, la grandeza democrática de la combinación política, la fraternidad etnológica que le sirve de estrechísimo vínculo, el vértice piramidal de la empinada confluencia de intereses comunes, los raudales de armonía que de allí descienden al campo automático de las nacionalidades congregadas. Examínense las compilaciones impresas sobre la materia y otros escritos congruentes que corren por separado. La gran unión y confraternidad hispanoamericana vive en cuerpo y alma en la mente de Vicuña Mackenna, habla por su boca, y encuentra en esta voz el eco más potente de sus ensueños generosos y de sus aspiraciones más razonables» (1).

¿Quién habló más fuerte contra las tiranías?

Así dirá, cuando vea el gobierno de América en manos de innobles tiranuelos, estas palabras ejemplarizadoras y de gran actualidad: «Por eso mientras exista en nosotros un débil hálito de vida, mientras la conciencia del derecho haga respetable la dignidad humana y la fuerza no sea más que la encarnación de la justicia hecha ley, lucharemos para destruir la tiranía que envilece a los pueblos y a los hombres. El que rompe la ley con sus secuaces no es digno de la consideración del ciudadano libre y es deber de patriotismo derribarle» (2).

Para un hombre del temple de Vicuña Mackenna que encuentra en las avanzadas ideológicas de la política el sitio de su acción civilizadora y reformista, la mejor tribuna para difundir sus ideas era el diario y el periódico. «Se olvida mucho que fué periodista—escribe Silva Vildósola—y que ningún otro escritor chileno, de cualquier género, ningún otro hombre con fuerte influencia en la opinión pública y capaz de levantar torbellinos

(1) René Moreno, *Notas históricas y bibliográficas*.

(2) Feliú Cruz, opúsculo citado, pp. 11-12.

en torno suyo, ha hecho un uso más constante y eficaz de la prensa y de la revista. Cuando Vicuña Mackenna era redactor titular de un diario, llenaba páginas de aquellas enormes de otros tiempos, en columnas que llegaron a tener un metro de largo. y cuando no lo era, siempre encontraba modo de colaborar en varias publicaciones con artículos del más variado carácter». En efecto: no es tan fácil señalar de un modo preciso su labor de diarista separándola de la puramente literaria. El periodista se desborda, y al paso que escribe el editorial que refleja la opinión política del diario que dirige, el literato, el historiador, el tradicionalista, el hombre público preocupado por las más variadas ideas aparece al mismo tiempo. Los géneros, como ya lo hemos dicho, se confunden, se entremezclan, en Vicuña Mackenna.

El diario fué para él un recurso de campaña extraordinaria. Desde los días tempraneros de la juventud presiente el poder inmenso de la hoja volandera del periódico que, como la luz, penetra en todas partes, así a la casa del aristócrata indolente, como al hogar timorato del burgués, para escurrirse por el rancho del hombre del pueblo donde sopla un ambiente sordo de protesta, un deseo de lucha igualitaria, un afán de venganza por sucesivos atropellos. Los años, empero, iban a templar en parte los ardores de este periodista novel en que la experiencia era suplida por la intuición. Se estrena en la prensa con un periódico propio y desde el primer momento asume las condiciones de un agitador público. Las páginas de *La Asamblea Constituyente* no son otra cosa que barricadas de combate contra un régimen que el periodista odia sinceramente. En esa tribuna se pide la revuelta. Es el único medio de curar los males políticos del país. En Vicuña Mackenna, como en todos los caudillos de avanzada de esos días, hablaba por ellos el liberalismo romántico, mezcla de literatura sentimental en la forma y de filosofía nebulosa e incomprendible en el fondo. Lo que no les faltaba a esos apóstoles de la redención social, era movimiento, torbellino, inquietud. La tendencia espectacular al sacrificio de un credo político vago e

impreciso, se perdía no obstante, en la falta de una organización sólida, capaz de resistir los embates formidables de un gobierno que sabía muy bien lo que quería.

No puede extrañarnos que la fórmula de los principios sedujesen con tanta fuerza a espíritus impresionables como Vicuña Mackenna. De ese mal participaron todos sus contemporáneos de partido. El pensamiento impreso de esos días en el libro, en el folleto y en el diario, nos revela que el espíritu de las fórmulas a priori era más intenso que la realidad de los problemas mismos que se trataba de solucionar. El romanticismo en política, como en literatura, tuvo esa virtud entre nosotros: deformó la realidad en una ilusión ideal. Se perdió el contorno de las cosas, de los hechos, para convertirse no en una posibilidad hacedera, sino en una aspiración perfecta. El periodista de *La Asamblea Constituyente* encuentra la suma de la expresión de nuestros males en las condiciones restrictivas de la Constitución de 1833. No hay otros factores que esterilicen la vida democrática del país. Ella es el origen de la tiranía, del envilecimiento del pueblo, de la corrupción de la autoridad. He ahí una manera clásica de sentir y de pensar del liberalismo romántico. El periodista de esta época pertenece a su época. Corresponde perfectamente a su tiempo. Es decir, participa de las influencias de la izquierda revolucionaria francesa. En él hierven un poco las doctrinas de Montesquieu, las blandas ideas de Rousseau, los principios proclamados por la Revolución francesa que ensalza los derechos sin limitación de los deberes. Benjamín Constant también bulle en esa cabeza. Y por cierto que no escapan de la imaginación del diarista los ecos doctrinarios de las revoluciones de 1829, si entonces hubo doctrinas, y de 1851 y 1859, de las cuales fué actor, director, organizador, soldado, conductor, vencido y proscrito. Bilbao y Lastarria iniciaron en Chile la propaganda revolucionaria de que está llena la prensa de la segunda mitad del siglo XIX. El primero es un iluso, un iluminado, que no sabe lo que quiere, pero que siente un ansia vaga de re-

novación. El segundo, un ideólogo que se despeña por las más peligrosas teorizaciones. Ambos doctrinan a la grey, y los discípulos, con más fuerza de acción que los nuestros, como en el caso de Vicuña, saben encender en la masa, en la turba, en la burguesía y hasta en la misma aristocracia, el sentimiento de la pasión política. La revolución la inspiran esta vez los elementos de la casta más poderosa de la república. Los hijos de los aristócratas son los que piden justicia, libertad, y encarnan todo un vago programa de reformas teológicas, políticas, sociales y económicas. Llegaron esos jóvenes a un peligroso postulado: la negación de la autoridad. En el mejor Gobierno vieron una tiranía. En la autoridad consciente, responsable y eficiente, la opresión.

Los años fueron curando las intemperancias de Vicuña Mackenna en su carrera de diarista. De *El Liberal* y de *La Asamblea Constituyente*, ambos periódicos de combate y agitación política, pasa a *El Ferrocarril* de Juan Pablo Urzúa, a *El Mercurio*, fundado por su padre, diarios estos en donde su papel de redactor nos permite seguirlo para ahondar en el panorama de su obra. Sus contemporáneos le negaron el título de periodista. «Ni es un argumentador, ni es un polemista, ni es un hombre atento a cuanto pasa a su alrededor: no es un diarista—diría de Vicuña un maestro del diarismo, Justo Arteaga Alemparte—. Le falta paciencia para vivir al acecho de la palabra, la impresión, el juicio, el antojo, la volubilidad del señor Todo el Mundo. Escritor infatigable, fecundo, variado, no admite las funciones de secretario del acontecimiento. Es el secretario de su pensamiento. No da hospitalidad a la idea importuna, o la recibe de tan mala gana que apenas la escucha. Gusta de que su pluma corra con la rienda suelta. ¡Ve! la dice. El diarismo político no permite estas espontaneidades. Exige que la pluma sea una arma de precisión. No le da tiempo para que se distraiga en su camino conversando con el amigo o el conocido, recordando o soñando; debe ir resueltamente a su fin, saber cuánto habría que decir, a]

mismo tiempo, qué debe decirse. Tarea endiablada, en que el pensamiento necesita correr como el caballo de Mazzepa y la pluma ir al tranco.

«No basta que el diarista tenga muchas ideas a sus órdenes; es indispensable que las mueva oportunamente; que, atacando siempre, piense siempre en la defensa. Debe haber flema en su impetuosidad, meditación en su heroísmo y heroísmo en su meditación. Debe ser bastante animoso para reír del fuego y bastante prudente para escapar a los disparos mortales. Debe ser león y zorro, don Quijote y Sancho.

«Si el señor Vicuña Mackenna no es un diarista, es un folletinista brillante, divertido, inagotable. El genio del folletinista es la loca de su hogar, manda, inspira, escribe las mejores páginas de sus artículos, sus folletos y sus libros» (1).

Tal es el juicio de un maestro eminente del diarismo nacional sobre Vicuña Mackenna considerado como periodista. Esta opinión, sin embargo, reza más bien con las aptitudes del publicista como escritor político de la hoja diaria llamada a orientar y conducir el sentimiento de las masas. Esas fueron, precisamente, las condiciones que le desconoce Arteaga Alemparte, que fué un periodista político de singular brillo. Le llama, en cambio, folletinista y en el concepto hay algo despectivo. No es raro: los folletines de Vicuña no cayeron en su tiempo, en cierto público, académico y atildado, como literatura de buen gusto. Sus relaciones históricas, las leyendas y tradiciones con que llenaba las páginas de los diarios, le ocasionaron en más de una ocasión sinsabores y contratiempos. A él personalmente le interesaba esa manera de hacer, burla-burlando, la historia de nuestra sociabilidad. Ella le permitía adentrarse en muchos aspectos pintorescos e íntimos que hoy nos serían ignorados si su pluma no nos la hubiese relatado, y por otra parte, una literatura de esa clase llenaba pecuniariamente las necesidades del escritor.

(1) Justo Arteaga Alemparte. *Don Benjamín Vicuña Mackenna*.

«Cien pesos oro contante por cada cuentecito—así le habla Blanco Cuartín—es mucha plata para estos tiempos en que ni los avaros ven un cóndor sellado en sus gavetas» (1).

Es posible que los hombres de su tiempo desdeñasen como bastarda la forma literaria periodística de Vicuña. Ya entonces había caído en descrédito en Francia y en España el romance folletinesco llevado a tanta altura por Dumas padre, a consecuencia del abuso que de él hicieran mediocres escritores. Pero en Chile comenzaba a nacer con el autor de la *Quintrala* y *Cambiazo*, y si no era un Walter Scott ni un Eugenio Scribe—los dos extremos de esa escuela literaria—el que la ponía de moda en el país, por lo menos con bastante arte y fantasía iluminaba el cuadro triste y sombrío de nuestra Edad Media, la colonia. El argumento, el asunto, el tema, la materia, el ambiente y el medio que se dibujaban en esos folletines eran netamente nacionales. Hoy no parecen tan malos como en su tiempo. Forman en la obra del escritor uno de sus mejores títulos. Ahí está Vicuña representado con algunas de sus mejores cualidades. Humorismo, desenfado, brillo, poder evocador, sentimiento del pasado. Con estas aportaciones también se destaca como periodista. Si no era un escritor político del momento como lo quería Arteaga Alemparte, no por eso carece de otros méritos. «Escribe Vicuña Mackenna con nerviosidad, con entusiasmo, con esa vibración de artista sin la cual no puede haber periodismo que llegue al público y lo arrastre»—apunta Silva Vildósola, que hizo como aquél en el diario arte y emoción (2)—. Nada le es ajeno. Escribe sobre problemas internacionales, político-religiosos, económicos, industriales, históricos, literarios, geográficos. La revelación del genio periodístico indudable de Vicuña Mackenna está en esos dos carac-

(1) Manuel Blanco Cuartín. *Artículos escogidos*. Biblioteca de Escritores de Chile. Tomo XI, pág. 640. Santiago, 1931.

(2) Vicuña Mackenna. *Páginas olvidadas*. Introducción C. Silva Vildósola, 1931.

teres: en su sensibilidad y en su entusiasmo de artista y en que no rehusa asunto alguno de cuantos puedan interesar al público. No es de esos periodistas que con el pretexto de especializarse se encierran cómodamente en una materia tratada con metuculoso cuidado, apoyándose en cifras y en citas, disimulando tras de una falsa erudición, su impotencia y la dificultad con que trabajan sus artículos. Vicuña Mackenna se desborda por todos los campos de la opinión, impresiona, se apodera de ella, influye».

La estancia del escritor en el diarismo político fué, por lo demás, de corta duración. Ya hemos dicho que en los días juveniles redactó dos periódicos de combate. El primero, *El Liberal*, del que alcanzó a publicar un solo número, que ni siquiera circuló por la falta de cumplimiento de un trámite jurídico-administrativo, nos revela bien poco sus aptitudes de editorialista. El segundo, *La Asamblea Constituyente*, nos muestra las intemperancias y vehemencias de su naturaleza batalladora y entusiasta. Es en la redacción de *El Mercurio*, cuando frisa en los treinta años, donde le podemos estudiar mejor. Antes había sido colaborador de *El Ferrocarril* y más tarde lo sería de *El Nuevo Ferrocarril*. Su paso por el más viejo y reputado de los órganos de la prensa nacional, fué también brevísimo. La ola de la política activa, que Vicuña no sabía esquivar, lo tomó rápidamente en sus redes. En 1864 era elegido diputado por La Ligua. Allí despliega una actividad sorprendente. Es Secretario de la Corporación, y sabe darse tiempo para promover en la Cámara debates de gran interés público. La navegación de los ríos del sur, la conveniencia de un Código Rural, la reglamentación de las Casas de Prendas, sus empeños, satisfechos, para trasladar los restos de O'Higgins a Chile y la ley interpretativa del artículo 5.º de la Constitución Política, le llevaron a la tribuna de la Cámara. Más tarde volvería a ocuparla en sus campañas ardientes como candidato a la presidencia y, por último, en el Senado de la República. Vicuña Mackenna comprendía como hombre de acción, como caudillo y civilizador, el valor inmenso de la palabra hablada. Pero ¿fué

realmente un orador? No le asignaron tampoco sus contemporáneos esta virtud. Leyendo ahora sus discursos, por más penetrados que estemos de la época, nada logra interesarnos. Al punto nos llama la atención lo disparate de la forma, la falta de ilación de las ideas, la ninguna emotividad que de ellos se desprende. Y obsérvese que es la emoción, la más intensa emoción, la que fluye de su palabra escrita y la que se escapa siempre de su palabra hablada. ¡Extraña contradicción!

He aquí un retrato del orador. «El señor Vicuña Mackenna deja ir su palabra a la ventura como su pluma. Parece un flemático, pues habla con una calma imperturbable y hasta fastidiosa en ocasiones. Mas, bajo esas exterioridades heladas, hay algo que apremia, hierve, ruge, estalla. Hay en su naturaleza espontaneidades tremendas.

«Su dicción es despreocupada. Su voz es agradable, pero es débil, y se resiste a reflejar las emociones de su alma. Es necesario buscarlas en su fisonomía y no en su voz. El señor Vicuña Mackenna no será nunca un orador poderoso, un dominador de espíritus y de asambleas. Si hay rayos en su alma, los rayos se apagan al pasar por sus labios» (1). El juicio es severo y es exacto.

Lo mejor de su obra se resume en sus libros históricos. La historia es la fuente de su constante inspiración cívica. Pero esta disciplina es también para el escritor un medio poderoso de vindicta moral. Taine ha sostenido en una tesis brillante que el historiador es, ante todo, un maestro de moral pública y social. Los maestros de la historiografía griega y latina enseñaban el civismo y la moral, relatando. Difundían los conceptos éticos de la justicia y del derecho, de la autoridad y del poder, del hombre y la sociedad. Al prolongarse, en el renacimiento, esa forma severa de la historia, la vemos perpetuarse en los tiempos modernos hasta en el tono solemne y lleno de gravedad con que imitan los historiadores el discurso de los escritores del género

(1) Arteaga Alemparte, estudio citado.

en la antigüedad. El mismo Macaulay, que imaginaba ver en los cultivadores de la historia, hombres esencialmente de acción, es decir, políticos malogrados, no pudo sustraerse a las influencias del concepto ético que domina en los historiadores griegos y latinos. En el siglo XVIII, sin embargo, la historiografía, sin alejarse demasiado de esas fórmulas, busca otra orientación. El pensamiento de Voltaire influye para expresarle otro carácter. Y así vemos que la visión del hecho histórico-moral se extiende al conocimiento del desarrollo de la civilización y del progreso en la industria, en el comercio, en la sociabilidad, etc. Es Voltaire quien ha trazado este nuevo plan en su *Essai sur les mœurs* y en los *Siècles de Louis XIV et de Louis XV*. Pero en el siglo XIX la historia asumió un carácter meramente de tendencia política. La época lo quería así. Surgían las nacionalidades. Comenzaba a enfrentarse el individualismo con el socialismo. La era revolucionaria de 1789 revivía en los días de 1830 y 1848. Las cuestiones económicas y de trascendencia política, permitían dar a la historia el sentido de una tesis. En esos momentos se hundían, por decirlo así, los ideales consagrados por el siglo XVIII para dar paso a otros en las ciencias, en la filosofía, en las artes, en la política, en las letras. Se buscaba la libertad. La Historia era la historia de la libertad. Se proclamaba el valor de la inteligencia. Se pretendía encontrar la ley de la vida. Se quería encontrar la ley del progreso. Esos ideales, que luego tomaron el nombre de románticos y que también ha expresado Marius-Ary Leblond en su libro *L'Idéal du XIXm. Siècle* (1) eran los que agitaban las conciencias de los hombres consagrados a la historia, al sacerdocio de la historia.

Al servicio de esas aspiraciones pone Vicuña Mackenna su pluma como historiador. Y es ya conveniente situarlo en su rango de tal. Pero para ello es necesario retrogradar al momento de 1842, en que nace el movimiento intelectual de ese

(1) París, Alcan, 1909.

año. No se ha escrito todavía entre nosotros un buen estudio psicológico del movimiento renovador de 1842. Hay gran cantidad de datos para hacerlo. Lo que no ha habido es un escritor fino capaz de interpretar los diversos matices que abarca ese período. Por mi parte sustento que en sus comienzos, hasta que Lastarria le da forma literaria, fué únicamente un movimiento social. ¿Cómo desconocer en este sentido, ese documento capital que es la carta de Jacinto Chacón, en la cual nos dice que la agitación de los espíritus de entonces no tenía otro alcance que uno exclusivamente social? Sin embargo, desconociendo este hecho, que vemos desarrollarse en el periódico primero, en seguida en la memoria histórica presentada a la Universidad de Chile por el mismo Lastarria y ya un poco antes en el folleto de Bilbao intitulado *Sociabilidad Chilena*, seguimos repitiendo que el movimiento intelectual de 1842 tuvo una finalidad puramente literaria. Es todo lo contrario: comenzó buscando una orientación social de protesta contra el medio, para transformarse en una campaña, por decirlo así, en favor de una literatura nacional que destacaría las características de la vida social chilena de la segunda mitad del siglo. Ahí están Jotabeche con sus artículos costumbristas, Sanfuentes con sus leyendas nacionales en verso, Blest Gana con sus novelas de ambiente, Carlos Bello con su teatro. No se distingue bien el hecho social del literario, y siempre se habla, confundiendo los términos de esas actitudes, de la lucha entre el clasicismo y el romanticismo en cuanto a la concepción puramente estética. Esas dos corrientes chocaron también como ideales políticos y literarios. Hubo ideas políticas clásicas, es decir, heredadas de los siglos XVII y XVIII y hubo ideas políticas románticas del siglo XIX. Las mismas oscilaciones ocurrieron con la adopción de las escuelas literarias. El liberalismo individualista, el régimen parlamentario, el error fatal del sufragio universal, el libre cambio, son las doctrinas de esa época, y que se trasladan a la literatura. Eso es todo. Para establecer que ya entonces los espíritus de avanzada sentían en Chile la condi-

ción del pauperismo y del socialismo, de las clases proletarias absorbidas por el capital y que en otros germinaba hasta la prédica de San Simón y el comunismo, no hay más que recordar un documento clásico. ¿Sabéis cuál es? Aquel intitulado: *Carta de Santiago Arcos a Francisco Bilbao*, publicado en Mendoza en 1852 (1). Si en este opúsculo no hay ideas originales en cuanto al concepto social y económico del Chile de entonces, es innegable que su mérito consiste en haber aplicado a Chile las doctrinas en boga de esos días. Las doctrinas y las ideas sustentadas por los jóvenes chilenos de la segunda mitad del siglo XIX eran exclusivamente francesas. Son las que corresponden a la revolución de julio de 1830 y a la de 1848. Nada más interesante a este respecto que buscar la filiación del pensamiento político y literario de los escritores chilenos de ese tiempo. La influencia ejercida por Lamennais en Bilbao, Guizot en Lastarria, Beranger en Matta, de Maistre, Lamartine y Casimiro Delavigne en tantos otros, es tan palpable y explica tan oportunamente las agitaciones revolucionarias y espirituales de los años 1848, 1851 y 1859— aunque en este último se añaden nuevas orientaciones— que ello semeja en Chile un eco retardado y semiperdido de los sucesos de Francia. Un hecho permanente deja sin embargo, en las letras nacionales. La literatura desde ese instante se enlaza con la vida pública en recíproca congruencia tanto en costumbres y opiniones como en política y religión. Por eso le falta ese movimiento libre e independiente que posee la literatura en otros

(1) Esta carta se la ignora hoy completamente. Sin embargo, no hace muchos años la reproduje, con notas, en la *Revista Chilena* de don Enrique Matta Vial. La publiqué, precisamente, cuando en el país se iniciaban las luchas de clases, y la ha estudiado, en la importancia de todas sus fases y sus consecuencias, mi joven y distinguido ex-alumno, el escritor Julio César Jobet, a quien debe la literatura histórica su excelente libro *Santiago Arcos Arlegui*, publicado en 1942. Jobet, como historiador de nuestro movimiento social., ha insistido sobre este documento en otros estudios de este mismo carácter publicadas en la revista *Atenea*.

países. Pocas veces influye y dirige la opinión o el gobierno: o se pone al servicio de la religión o al de la política en un terreno sectario. Da a los sucesos un sentido puramente histórico. Y es que sintiéndose incómoda en el mundo de las ideas, busca en los hechos una esfera más viva de acción. He aquí por qué lo que caracteriza el nervio de la literatura del siglo XIX en Chile, es el cultivo de la historia.

Así vemos que la historiografía de este período se desarrolla en un ambiente político. Sirve como elemento de tesis para sustentar doctrinas. Con Lastarria se inicia. En la primera memoria histórica presentada a la Universidad, se revela contra el pasado colonial y reniega de la organización española y de todo lo español. Ataca el espíritu de la nación colonizadora. Se subleva contra la raza. En otra de esas mismas memorias, enaltece las virtudes del constitucionalismo liberal. Combate la omnímoda preponderancia presidencial. Son ataques a la Carta de 1833. Amunátegui, en uno de sus mejores libros, se rebela contra las dictaduras. Observa que ellas llevan a la depresión moral de los pueblos. Los caracteres más fuertes, dice, concluyen envileciéndose. Los otros historiadores universitarios, con menos doctrina política, son también liberales. Combaten en sus obras la reacción conservadora de 1830 y enaltecen al pipiolismo. Esta modalidad de nuestra historia, en la que el tema sirve a una tesis, no nos es propia. Esa era la tendencia del siglo. Todos los que ejercieron su magisterio hicieron de ella una cátedra de libertades públicas. Recuérdese en Francia a Michelet y a Guizot. En Alemania, a Sybel y a Treitschke. En Inglaterra, a Macaulay y a Carlyle. En España, al Conde de Toreno. En Italia, a Cantú. La historia apenas si tiene un valor social. Es puramente política. Vicuña Mackenna no pudo sustraerse a esa corriente. No olvidemos la frase constante del escritor cuando nos habla siempre del *sacerdocio de la historia*. ¿Qué alcance le concede Vicuña Mackenna a ese sacerdocio? ¿Cómo lo ejercita? Cree educar. Imagina que responsabiliza, que se levanta como un

juez que pronuncia un fallo en conciencia. Lo ejerce siempre con un fin de sanción política y moral. Siempre como un medio de resguardar los derechos del individuo. Así, odia las prepotencias absorbedoras del poder. Le irrita la injusticia. Siente distancia repulsiva por la falta de entereza de los hombres. Es acometivo y resuelto, y no transa fácilmente. Siendo católico, no es un ferviente militante, pero reconoce con hidalguía liberal los males de la institución humana de la iglesia. En cambio, enaltece los principios divinos de su fundador. Es caritativo, generoso, desprendido. Desprecia el dinero o lo da con largueza peligrosa para los suyos. Se enternece con los arrestos del desvalido que suplica se le oiga en resguardo de lo que estima su derecho. Y por eso abomina del señorón egoísta y presumido, vano de inteligencia, listo en ardides y rico de escudos, que escamotea a la honradez su nombre para cubrir sus pillerías con el lustre de su abo-lengo y de su rango social. Ese es su fondo, liberal, romántico, emotivo, contrario a toda tiranía, a toda opresión, a todo gobierno, a toda autoridad. La forma, el medio de la expresión, el verbo, toma proporciones verdaderamente épicas. «Escribe para y sobre una raza de titanes», dice uno de sus críticos. Y es cierto.

No es fácil situar a Vicuña Mackenna como historiador vinculado a determinada escuela. Sin embargo, no sería posible negarle tal título, porque forzaríamos la explicación misma de su temperamento. La alta autoridad intelectual de Bello condenó para siempre en Chile la inclusión del espíritu filosófico en la interpretación de los hechos históricos, que pregonaron en las postrimerías de la primera mitad del siglo XIX, Lastarria y Chacón. El caraqueño pensaba, en contraposición a esa tendencia, que «en Chile como en Europa los estudios históricos deben andar el mismo camino desde la crónica que nos da el inventario de los sucesos, hasta la filosofía que los concentra y resume» (1). Y agregaba: «El proceder de toda ciencia de hechos,

(1) Bello, *Obras completas*, tomo VII, pp. 100 y sigs.

confirmado por la experiencia del mundo científico, desde la restauración de las letras . . . es poner en claro los hechos, luego sondear su espíritu, manifestar su encadenamiento, reducirlos a vastas y comprensivas generalizaciones. Las leyes morales no pueden rastrearse sino como las leyes de la naturaleza física, delectando, por decirlo así, los fenómenos, las manifestaciones individuales. Aquellas sin duda, nos harán después comprender mejor las individualidades; pero sólo por medio de éstas, podemos remontarnos a las síntesis que las compendia y formula» (1). Una posición así, era sensata. Pero Lastarria llamó con soberano desprecio a los historiadores que en ella se situaron «cronistas que se han formado bajo la protección de la Universidad» (2). Vicuña Mackenna oscila entre una y otra tendencia. A ratos, en algunas de sus obras, se descubre la intención de dar a los hechos un encadenamiento que él pretende sea filosófico, y entonces, fracasa. En otros de sus libros aparece el cronista, y el está entonces en su elemento. Y es porque las condiciones de su talento literario lo predisponen mejor para ese oficio al que lleva, por primera vez, el recurso de una imaginación brillante y de una sensibilidad evocadora del pasado que no ha tenido más tarde ejemplo. La intuición, el poder evocador, el don de la reconstrucción de los escombros del pasado para darles formas, colorido, ambiente, majestad, patetismo o gracia, representación emotiva, hacen del cronista al historiador.

Hemos tocado aquí la gran cuestión de nuestra historiografía nacional como obra de arte, como expresión noble de un género literario. La doctrina de Bello formó en Chile una escuela que aún se perpetúa. El historiador ha sido siempre un investigador, un erudito. Empleando una frase corriente, los depositarios clásicos de ella la han entendido con una austeridad suprema. Así, el documento sometido a rigurosos procedimientos

(1) Bello, *Obras Completas*, tomo VII, pp. 100 y sigs.

(2) Lastarria, *Recuerdos Literarios*.

de comprobación, ha sustituido en la historia toda emoción humana y ha ahogado al lector en un farrago de citas, de nombres y de hechos, que sólo puede resistir el especialista en la materia. Se ha formado una literatura sapientísima como que fué hecha por sabios; pero ella ha carecido de todo valor estético. Ha bastado ser correcto y claro. Se ha pedido únicamente gran masa de papeles inéditos. Se ha exigido gran suma de erudición. Nada ha importado el sentido de las proporciones. El mejor libro histórico ha llegado a ser el que más pesa en volumen y el mejor historiador el que mejor sabe anotar amarillentos papeles. La visión del suceso que se estudia desaparece en ese océano de pequeños hechos verificados más allá de la saciedad. El espíritu de la época, los contornos de los hombres, el matiz del ambiente, el tono, que da la sensación de los acontecimientos humanos, queda relegado todo a una cosa inerte, sin vida, sin aliento. Pero la exageración del sistema erudito en la historia ha ido todavía más allá. No ha aceptado ni siquiera un poco de fantasía. Ha desechado hasta una prosa amable... Esta escuela negó a Vicuña Mackenna como historiador. Lo negó precisamente porque superaba todas las aptitudes que ella no aceptaba. Se le llamó ligero por el error de una cita. Se le creyó fantástico porque sabía colorear la crónica y hasta su misma fecundidad era indicio, se dijo, de pobreza de arsenal erudito. Uno de sus contemporáneos decía: «Lo que no sabe la adivina, lo que no puede comprobar lo da por cierto; pero la fábula sale de la verdad y de la verdad lo que pocas veces sale: el encanto sin mezcla de acíbar. Aún cuando quiera dar una pincelada a lo Rembrandt, da la pincelada alegre del paisajista flamenco. Sus fondos son encantadores por la transparencia y la adecuada gradación de las tintas; de manera que con sólo agrupar personajes, no importa que no guarden la debida perspectiva, nos regala un cuadro fresco, jugoso, viviente, un cuadro que no puede pintarse sino con el pincel humedecido en el arco iris (perdón por la metáfora) o si se quiere hablando

con más llaneza, en las tintas brillantes de la ilusión o la mentira» (1). No es justa esta apreciación. Vicuña Mackenna fué un espíritu tan investigador como el de Barros Arana. Amó tanto el papel documentario como Amunátegui. Eso sí que al pasar por su inteligencia esos materiales de construcción, se transformaban en una cosa viva. El mismo caso se observa en Sotomayor Valdés y en algunos de los libros de Amunátegui. Estos son los únicos valores estéticos de la historiografía nacional.

«Tantas veces como el investigador y el artista se encuentran en el mismo terreno, hay disputa—ha escrito Emil Ludwig—. Si el uno buscase solamente la verdad y el otro la belleza, no se originarían discrepancias; mas como cada cual busca la verdad en forma diferente, y cree que la suya es la mejor, surge el conflicto. Es como dos jóvenes que se disponen a formar ramos: uno elige cierto trozo de pradera, recoge en él cuanto en él florece, va a su casa, lo extiende, y selecciona las flores de modo que se reúnan tantas clases como sea posible; el otro abarca de una ojeada todo el campo, elige al paso las flores, y pronto tiene en la mano un ramo fresco y abigarrado, fiel trasunto de la pradera» (2). La verdad y la belleza: he ahí combinados idealmente las cualidades de Vicuña Mackenna como historiador, que Ludwig cree incompatibles.

«El talento poético, puede perjudicar tanto al historiador como favorecerle—añade después—pero siempre queda la cuestión de la proporción en que deben mezclarse la fantasía y la veracidad, que es al propio tiempo una cuestión moral: la de saber en qué grado se deja seducir el artista cuando trabaja como historiador. Mientras que escribir historia no es más que escoger, separar e interpretar la documentación existente, se aproxima de un modo subrepticio a determinadas formas poé-

(1) Blanco Cuartín, *Artículos Escogidos. Biblioteca de Escritores de Chile*. Tomo XI 1913, p. 725.

(2) Emil Ludwig, *Genio y Carácter*. Traducción de Ricardo Baeza. 1931. Madrid.

ticas. ¿No ha sido siempre el poeta un verdadero salteador de caminos? Se esconde en la maleza, roba a los transeúntes y, cuando ha clasificado e interpretado sus facciones a una orden de su fantasía, todo lo mezcla confusamente en una maravillosa reproducción, repitiendo cuanto ha visto, mas no como lo ha visto. Así, no lo advierten las víctimas, y, tiempo después, una de éstas compra una alhaja sin reconocer las piedras que él mismo ha entregado antes» (1). Tal ocurre con Vicuña Mackenna.

Pero este artista tenía un credo como historiador. Credo demasiado personal y producto de su romanticismo y falta de fijeza en las concepciones sociológicas, como luego lo veremos. Así, definiendo su posición como historiógrafo, escribía en la introducción de la *Historia General de la República de Chile* (2):

(1) Ludwig, obra citada.

(2) En el prólogo de esta misma obra, Vicuña Mackenna explica su vocación de historiador y señala los materiales historiográficos que ha reunido y que vale la pena recordar aquí para demostrar su perseverante voluntad de investigador. Dice:

«Desde su más temprana edad, el que esto escribe, sintió tan viva inclinación al cultivo de la historia que, arraigada aquélla con el curso de los años y de los estudios, ha venido a hacerse en él su tarea predilecta a la más intensa preocupación de su espíritu.

«A esta afición innata pero ardiente, a la admiración profunda por los grandes hechos de la revolución, al amor entusiasta por la memoria de sus ínclitos autores, al culto en fin, de las ideas que germinaron en el pensamiento de aquellas generaciones dignas de imperecedero recuerdo, es a lo que obedecemos al emprender la presente obra, si bien en parte ajena, acreedora por lo mismo a que le consagremos nuestros mejores esfuerzos.

«Explicar sucintamente el encadenamiento de los móviles que nos ha inducido a este trabajo es por consiguiente poner en claro su objeto, su alcance y los recursos de que somos dueños para llevarlo a su cumplido término.

«Esto es lo que vamos a emprender en este breve prefacio.

«Nacido cuando comenzaban a morir unos en pos de otros los grandes soldados y los más ilustres pensadores de la revolución, fué el culto de mi niñez acercarme a esos seres venerables e interrogar su memoria sobre los acontecimientos de que fueron testigos o actores; y como tuviera la advertencia de poner por escrito sus relatos a medida que los escuchaba, he en-

«en su audacia desembarazada como en sus arcanos impenetrables, en su noble y responsable franqueza como en las tímidas excusas de un cobarde egoísmo? Por eso cada capítulo de la his-

contrado que en el curso de cerca de veinte años he hecho un abundante acopio de esta prueba oral pero, respetabilísima de nuestro pasado.

«De los hombres era natural que pasara a los libros y de éstos a los documentos inéditos. Consagré así algunos años de mi juventud al estudio de las publicaciones nacionales existentes en la biblioteca pública de Santiago y al examen de los archivos de gobierno logrando de esta suerte adelantar considerablemente el propósito que acariciaba entonces como un sueño de oro, de escribir algún día la historia de la revolución de mi patria. Algunos millares de páginas en las que estampé mis notas y extractos, fueron el fruto de este trabajo, ingrato en aquella época, pero que en el día sirve de poderoso auxiliar a mi empresa desde tan largo tiempo preparada.

«A este mismo anhelo por el estudio de los hombres y de las cosas de mi país debí la adquisición que hice gradualmente, tanto en Chile como en el extranjero, de una biblioteca americana de más de tres mil volúmenes, y la que nos ha cabido la suerte de ver hoy distribuída, gracias a la ilustración de los gobiernos respectivos, y casi por iguales partes en las bibliotecas públicas de Lima, Buenos Aires y Santiago

«Pero más que todo esto vino a enriquecer el ya no despreciable archivo de mis materiales para la historia, la adquisición gradual que he hecho, favorecido por la amistad y la fortuna, de los papeles privados de algunos de los hombres más caracterizados de la revolución.

«Figuran entre éstos en primera línea los que heredé de mi abuelo el general Mackenna, único patrimonio que dejara a sus hijos y que salvó del olvido después de su trágica muerte en Buenos Aires, su primo y compañero de destierro entonces, don Antonio José de Irisarri.

«Durante mi residencia en Mendoza en 1855, cúpome la buena estrella, rara en aquellos días, de que se nos permitiera copiar los documentos del archivo de gobierno, y de esta suerte fuí dueño de los papeles más interesantes del general San Martín. Completólos después con suma bondad su digno hijo político don Mariano Balcarce, ministro plenipotenciario de la República Argentina en Francia, enviándonos de París a Lima, en 1860, copia certificada de todo lo que existía de notable, sin excusar lo secreto, en el precioso archivo de aquel gran americano. Este tesoro histórico era tanto más valioso cuanto que San Martín fué siempre poco afecto a conservar papeles, y por haber sucedido respecto de los de Mendoza, que una gran parte de éstos, desaparecieron en el gran terremoto de 1861.

toria es la vida del hombre, y la historia misma, puede decirse así, no es sino la vida de la humanidad. Por eso también buscar al hombre, desenterrar sus cenizas sin profanarlas, exhumar su pensamiento y su corazón sin lisonja ni calumnia, estudiarlo en todas sus fases, excepto la única que hay vedada para el escritor honrado y de conciencia: la del hogar, es trazar la existencia misma de una época con todas sus sombras y sus espacios luminosos y hacer revivir como en un cuadro animado la sociedad, el pueblo y los gobiernos que las generaciones, esas lápidas mudas que se van renovando periódicamente sobre el vasto sepulcro del linaje humano, han ido cubriendo y olvidando. Tal manera de concebir la historia no hace de ésta sólo una enseñanza, constituye casi una resurrección».

«Por otra parte, el hombre es siempre el mismo. Las luchas que le trabajan en la plaza pública, no dejan en su ser huellas menos profundas que los cuidados y los afanes de su existencia íntima, y así como una palabra, un gesto, un ademán traiciona muchas veces en el recinto de sus afecciones los secretos más recónditos de su alma o de su mente, así una palabra, un gesto, un ademán que se haya hecho espectable en el tumulto de una asamblea, en el bullicio de las pobladas o en el estruendo de las batallas, cosas todas tan propias de nuestra organización turbulenta y democrática, ponen a menudo de manifiesto la verdad de acontecimientos que esas piezas escritas que llamamos de buena fe «documentos históricos» se han encargado muchas veces de disfrazar con falsedad y astucia.

«Adoptando el sistema que acabamos de trazar encuentran, por sí solos legítima cabida en las páginas severas de la historia, todos aquellos episodios que se han juzgado frívolos o vulgares, todos aquellos rasgos del carácter individual que se reputan ajenos del vasto conjunto de hechos y de acciones que representan una época colectiva, todos aquellos pormenores minuciosos, que conservan la memoria fiel de los testigos presenciales, aquellos epigramas palpitantes arrancados de las

prensas o la tribuna, el veneno mismo de esos pasquines sigilosos que son, a la manera de esas viles aves de la noche, los precursores de la luz, las anécdotas en fin y hasta los chistes característicos de una época o de una sociedad, y que es la tarea del concienzudo escritor entresacar de la era de los tiempos, como el paciente labriego aparta el grano de la paja vana que arrastra el viento en la cosecha de las mieses».

«En otro sentido, y esta es una confesión que hacemos con toda la sinceridad de nuestras creencias, a medida que se estudia más y más la época y los hombres de la revolución, mientras más adentro se penetra por la investigación íntima en los misterios de su existencia y en los móviles más escondidos de sus acciones, más robusta y profunda se hace la convicción del santo, del inmenso respeto que debemos a aquellos seres. En esta parte reina una consoladora uniformidad entre todos los escritores chilenos que se han ocupado de escudriñar nuestro pasado, sea que hayan juzgado a aquéllos sólo a la luz un tanto opaca que emana de los archivos públicos, sea que, como nosotros, los hayan estudiado delante de los vívidos reflejos de su correspondencia privada, de sus apuntes íntimos, de sus diarios confidenciales, de sus memorias redactadas sólo para la herencia de los hijos. Por manera, pues, que nuestras revelaciones, lejos de proyectar sombras serán parte, en la generalidad de los casos, para revestir de nuevos esplendores los grandes nombres que la fama ha escrito en el pórtico de las glorias nacionales» (1).

Este credo del historiador ha sido redactado casi en el promedio de su vida. Lleva la fecha de 1865. Su labor histórica anterior tiene el mismo sello, las mismas características, aunque podamos señalar, en uno que otro de sus libros, vacilaciones y tanteos al aplicar el sistema. Pero a partir de esta época ya no cambia. Únicamente lo amplifica, lo desborda hasta la exagera-

(1) *Historia General de la República de Chile*, Tomo I, págs. XX, XXI, XXII, XXIII y XXVI de la *Introducción*. Santiago, 1866.

ción. La misma doctrina que profesaba, el mismo método historiográfico que aplica, tiene errores profundos. Desde luego, rechaza lo que él llama la tendencia europea de la historia de agrupar los hechos en torno de los gobernantes y que era la costumbre entre nosotros. Con un procedimiento semejante imagina que se pierde la individualidad del fenómeno americano que debe aparecer en toda su desnudez original y autóctona. No debía y ni había para qué escribir la *historia de los gobiernos*. Lo que interesa es la *historia de la sociedad, la historia del pueblo*. «Sin embargo, al desenvolver esta concepción, incurría en un extravío lamentable. Declaraba que, ya que otros se habían encargado de escribir la historia de las *cosas*, él contribuiría ahora a escribir la historia de los *hombres*—escribe Galdames—como si las agrupaciones llamadas *sociedad* o *pueblo* no pudiesen historiarse en el conjunto de su vida, en las manifestaciones comunes de su actividad, y hubiera que personificarlas en un individuo determinado para conocer su desarrollo. Precisamente, lo que distingue a la historia social de la política es la preocupación por las cosas y la relegación de los individuos a un segundo plano, como miembros de una colectividad de cuyas ideas y costumbres participan en forma irreflexiva y espontánea. Durkheim lo ha dicho después categóricamente: los hechos sociales deben ser observados *como cosas*. Y en realidad era eso lo que hasta entonces no había llamado la atención de los estudiosos de la historia de Chile. En cambio, les habían apasionado los *hombres*, sus gestos, sus disputas, sus andanzas, sus figuraciones y sus caídas» (1).

Al desenvolver erradamente el criterio histórico que se había propuesto desarrollar, Vicuña Mackenna cayó en lo que él mismo censuraba. Sus mejores páginas son las consagradas a la historia de los héroes, de los *hombres*, cuyas vidas sabe ani-

(1) Luis Galdames, *La Juventud de Vicuña Mackenna*, págs. 276-277. Santiago, 1932.

mar con esa prodigiosa multitud de incidentes familiares que él deseaba para la *historia social*. Y a su vez, cuando la preocupación de esta última le pone la pluma entre las manos, son siempre los hombres los que se destacan en lo que debía ser un cuadro impersonal, y son *las cosas*, a través y sobre el individuo, las que le sirven para sus cuadros sociales y de vida espiritual.

He ahí, en último término, su verdadera concepción histórica: los hombres y las cosas. El culto de los héroes es su fuerte. Le interesan las vidas grandes o chicas, rutilantes u opacas. Siempre que encuentre un matiz de superioridad moral, trazará su historia. Si esa vida es baja, vil, cobarde, alevosa, su pluma recogerá la fisonomía. En el primer caso será para educar; en el segundo, como un medio de sanción. Así, una gran parte de la obra del escritor se resume en una perenne biografía. Desentrañando este concepto del biografismo ha dicho Vicuña Mackenna: «Ahora bien, pertenecemos nosotros en nuestra manera de apreciar los espíritus a la escuela que ha creado en los modernos tiempos el ilustre bostonés Emerson, a quien hace doce años conocimos en su ciudad natal, que tiene por su nombre un verdadero culto. Nosotros creemos, como ese profundo y original pensador, que todos los hombres superiores encarnan una época y legan a ella su nombre y su fama, su fortuna o su martirio, cooperando así al fin universal de bien o progreso» (1). A su género de historiador político y de moralista, convenía, sin duda, esa manera de concebir la historia. Encontraba en ella la manera eficaz de responsabilizar en los hombres los acontecimientos históricos que el tiempo toma impersonales y borrosos. Pero en este afán de glorificación o vituperio, el sentido de la medida desaparece en Vicuña. Se deforma la apreciación y el juicio tiene mucho de contradictorio. De este defecto no se corregirá jamás. Ya Lastarria enfocando esta orientación intelectual de su espíritu impresionable, le decía:

(1) Vicuña Mackenna, *La Sombra del Genio*, 1879.

...«Ud. se enamora para escribir esas historias, pues, los Carreras, O'Higgins y Portales son panegíricos y no historias, y tan panegíricos, que Ud. mismo tiene que estar defendiendo su pureza de escritor, repitiendo que no ha recibido paga por escribir, como lo dicen los que, no conociéndolo a Ud., no pueden explicarse por qué ha escrito Ud. esos libros de elogios. ¿Quién es el primer chileno, el más grande en el libro de los Carreras? José Miguel. ¿Quién es el primer chileno en el de O'Higgins? O'Higgins. ¿Quién lo es en el que acaba de escribir? Portales. Y al fin ¿quién es el más grande? ...» (2).

¡Aparentes contradicciones de juicio, en realidad! Lo que las hace más verosímiles es la falta de sobriedad en el elogio, la ninguna medida proporcionada en el sentimiento de la admiración. Siempre, como en toda la vastísima obra biográfica suya, el panegírico se desborda incontenible. Los hombres de Vicuña Mackenna, en efecto, cuando caen bajo los puntos de su pluma, se convierten al pronto en semidioses. Parecen seres de epopeya y de leyenda. El escritor es incapaz de una autocrítica, de un juicio que delimite sus ponderaciones. Se sugestionan con sus personajes. Olvida sus juicios anteriores emitidos con calor, con pasión y entusiasmo. Es el patriotismo que le ofusca y le lleva por esos extravíos tan frecuentes que más bien parecen negaciones de su pensamiento de escritor. A toda costa, a todo precio, quiere formarle héroes a un pueblo que resultan en la intimidad de sus vericuetos morales, demasiado vulgares y prosaicos. Pero que, con todo, son héroes, al fin.

Este gran sensitivo, de tan sutil inteligencia, después de fastidiarse con sus hombres vuelve siempre al episodio histórico social y cree que cumple una misión. No es, como ya lo dejamos dicho, un historiador de los fenómenos sociológicos que han

(2) Ricardo Donoso, *Don Benjamín Vicuña Mackenna*, págs. 154-155.—Alejandro Fuenzalida Grandón, *Lastarria y su tiempo*, pág. 309. Santiago, 1925.

conmovido nuestras agrupaciones de hombres a través de los medios que han servido para agitarlas. Busca la verdad de lo que él llama la historia social en los hombres alrededor de las cosas, de un paisaje, de una vida, de una idea, así en su génesis como en su perspectiva, que su pluma sabe darle la sensación de lejanía. Le interesaba el hecho casero y pintoresco. A fuerza de acumular menudencias ciertas, características y sintomáticas, da el tono de la vida y del ambiente. Pero la vida que nos pinta, si tiene la nostalgia de una suave quietud hogareña, no es más bella que la actual ni es más pura. La concepción jerárquica de la sociedad le llama siempre su atención, pero no nos explica cómo y a qué causas se debió esa escala de privilegios o denegaciones. Ha estudiado su composición desde el *pililo*—creación suya—pasando por el *roto*, deteniéndose en el *siútico* hasta llegar al buen burgués rural de nuestra aristocracia, las cuatro etapas de la estructura social chilena. Vicuña Mackenna las ha comprendido todas, las ha sentido en el rol de sus singulares manifestaciones, pero no nos ha dado la explicación de su existencia social, desde un punto de vista de observación psicológica.

Nuestra colonia mística, desbordante de pequeñas inquietudes surgidas entre la competencia de la autoridad civil y eclesiástica, o bien dentro de cada una de éstas; con sus problemas sexuales que se transforman en deliciosos escándalos, aparece en los libros de Vicuña vívida, animada con un movimiento de dramaticidad que oscila entre un sentimiento trágico o una carcajada por su comicidad. Nuestro pasado está intacto en las obras de los cronistas primitivos. Escribían sin saber lo que era el arte. ¿Qué alcance tienen los conceptos de bello y útil en su estética? Solamente lo objetivo los mueve y relatan lo que saben o han recogido en sus búsquedas. Desaliñados casi todos, con mediocre cultura y sin que tengan noción de los fenómenos espirituales que en esos momentos ocurrían en el mundo, el amor a la tierra les puso las plumas entre las manos. Por eso dan una sensación de ambiente. El escritor moderno, como Vicuña

Mackenna, por ejemplo, encuentra en esos cuadros lo que ya tiene en su alma: poder de evocación, sensibilidad y hasta sentido de la lejanía. El pasado es bello, porque los hombres, las costumbres y las cosas se patinan de una suave armonía que el artista recoge y combina mediante la comparación del presente. Ya lo ha dicho Huizinga en su admirable libro *El otoño de la Edad Media* (1): «Cuando el mundo era medio milenio más joven, tenían todos los sucesos formas externas mucho más pronunciadas que ahora. Entre el dolor y la alegría, entre la desgracia y la dicha, parecía la distancia mayor de lo que nos parece a nosotros. Todas las experiencias de la vida conservaban ese grado de espontaneidad y ese carácter absoluto que la alegría y el dolor tienen aún hoy en el espíritu del niño. Todo acontecimiento, todo acto, estaba rodeado de precisas y expresivas formas, estaba inserto en un estilo vital rígido, pero elevado. Las grandes contingencias de la vida—el nacimiento, el matrimonio, la muerte—tomaban con el sacramento respectivo el brillo de un misterio divino. Pero también los pequeños sucesos—un viaje, un trabajo, una visita—iban acompañados de mil bendiciones, ceremonias, sentencias y formalidades.

«Para la miseria y la necesidad había menos lenitivos que ahora. Resultaban, pues, más opresivas y dolorosas. El contraste entre la enfermedad y la salud era más señalado. El frío cortante y las noches pavorosas del invierno eran un mal mucho más grave. El honor y la riqueza eran gozados con más fruición y avidez, porque se distinguían con más intensidad que ahora de la lastimosa pobreza. Un traje de ceremonia, orlado de piel, un vivo fuego en el hogar, acompañado de la libación y la broma, un blando lecho, conservaban el alto valor de goce que acaso la novela inglesa ha sido la más perseverante en recordar con sus descripciones de la alegría de vivir. Y todas las cosas de la

(1) Traducción de la edición alemana por José Gaos. Tomo Primero. *Revista de Occidente*, 1930.

vida tenían algo de ostentoso, pero cruelmente público. Los leprosos hacían sonar sus carracas en procesión, los mendigos gimoteaban en las iglesias y exhibían sus deformidades. Todas las clases, todos los órdenes, todos los oficios, podían reconocerse en su traje. Los grandes señores no se ponían jamás en movimiento sin un pomposo despliegue de armas y libreas, infundiendo respeto y envidia. La administración de la justicia, la venta de mercancías, las bodas y los entierros, todo se anunciaba ruidosamente por medio de cortejos, gritos, lamentaciones y música. El enamorado llevaba la cifra de su dama; el compañero de armas o de religión, el signo de su hermandad; el súbdito, los colores y las armas de su señor.

«El mismo contraste y la misma policromía imperaba en el aspecto externo de la ciudad y del campo. La ciudad no se diseminaba, como nuestras ciudades, en arrabales descuidados de fábricas aisladas y de casitas de campo uniformes, sino que se erguía rotunda, cercada por sus muros, con sus agudas torres sin número. Por altas y poderosas que fuesen las casas de piedra de los nobles o de los comerciantes, eran las iglesias las que dominaban con sus eminentes masas pétreas la silueta de la ciudad.

«Así como el contraste del verano y el invierno era entonces más fuerte que en nuestra vida actual, lo era también la diferencia entre la luz y la oscuridad profunda y el silencio absoluto, el efecto que hace una sola antorcha o una aislada voz lejana.

«Por virtud de este universal contraste, de esas formas multicolores, con que todo se imponía al espíritu, emergía de la vida diaria un incentivo, una sugestión apasionante, que se revela en los fluctuantes sentimientos de ruda turbulencia y áspera crueldad, pero también íntima emoción, entre los cuales oscila en la Edad Media la vida urbana.

«Había un sonido que dominaba una y otra vez el rumor de la vida cotidiana y que, por múltiple que fuese, no era nunca confuso y lo elevaba todo pasajeramente a una esfera de orden y armonía: las campanas. Las campanas eran en la vida diaria

como unos buenos espíritus monetarios, que anunciaban con su voz familiar, ya el duelo, ya la alegría, ya el reposo, ya la agitación, que ya convocaban, ya exhortaban. Me las conocía por sus nombres... También las procesiones deben haber sido de un efecto hondamente conmovedor. Si los tiempos estaban revueltos, y esto pasaba con frecuencia, tenían lugar muchas veces a diario, e incluso una semana detrás de otra... Estas procesiones duran desde fines de mayo hasta bien entrado julio, siempre con distintos grupos, órdenes o gremios, siempre recorriendo distintos trayectos o con distintas reliquias. Todos marchaban en ellas descalzos y con el estómago vacío...».

Este aspecto del panorama social de la Europa medioeval trazado por Huizinga, corresponde también, en sus líneas generales, al de la América colonial. Es, naturalmente, el mismo de Chile. Ni más ni menos. Cuando se recorren, en efecto, las asombrosas páginas de la *Historia Social de Santiago de Vicuña* y se las lee para buscar una expresión clara y fiel de nuestro pasado sentido y visto con una perspectiva de tiempo, se comprende por qué fluye de ellas ese encanto admirable que las ha hecho y hará imperecederas. El contraste de épocas, que acentúa la técnica cada vez más complicada de la civilización en su afán de sencillez y comodidad, da el relieve del pasado con todas sus ceremonias rigoristas y jerárquicas. La misma *Historia Social de Valparaíso*, puerto sin historia, sin tradición a firme hasta 1810 (1), caletilla de comerciantes aventureros y cosmopolitas, reducto de mercaderes que buscaban ávidos un eldorado, deja

(1) He aquí un juicio de Mitre sobre la *Historia de Valparaíso*. En carta a Vicuña Mackenna fechada en Buenos Aires en 5 de enero de 1874, le decía: «Ultimamente he pasado noches muy agradables leyendo la *Historia de Valparaíso*, no sospechaba cuando la empecé a leer lo que se encuentra bajo sus tapas.

«Por supuesto que el título es un pretexto. Todo es menos historia de Valparaíso;—dado que Valparaíso tenga realmente historia y que sea posible reducir a libro escrito lo poco que tiene. Se ha dicho que son felices los hombres y los pueblos que no tienen historia. Así será, pero esta felicidad

después de todo, la agradable sensación que el historiador sabe imprimir al eco muerto de un pasado pobre. Es triste reconocer que como aporte a la historia social de Chile estos dos libros—los mejores del escritor en el género—no signifiquen nada en la concepción científica de la materia. Por sus datos múltiples, por sus citas, por el inmenso cúmulo de informaciones que contienen, como deben considerárseles como fundamentales. Como obras literarias, su vida está señalada mientras la nacionalidad chilena exista.

Y la obra toda del escritor, cualquiera que sean sus defectos, cualquiera que sean sus extravíos estéticos, cualquiera que sean, en fin, sus puntos de vista, estará enraizada en el pueblo, porque representa la expresión más fiel de su pensamiento en nuestros hombres del siglo XIX.

Vicuña Mackenna los condensa y los explica.

negativa probará que así el ciudadano como el pueblo no han concurrido a la labor humana.

«No hay historia de pueblos y ciudades sin iniciativa, sin hombres que irradien la luz pura de su recinto, sin acción propia y sin vida expansiva, que la prolongue el porvenir. Valparaíso no es un faro en el Pacífico ni un farol en su propia casa. Es esa ciudad mal situada, próspera por el comercio despertado por la revolución americana, con galas prestadas, que no ha tenido todavía tiempo para producir hechos ni hombres, y cuya historia son los acontecimientos que por acaso suceden a su inmediatez, sin que ella los produzca, los impulse y los dirija ni en el sentido político, ni en el sentido intelectual o económico.

«Sin embargo, con esta sustancia insípida Ud. ha confeccionado un manjar agradable; con esta ciudad sin historia, sin carácter sin síntesis y sin drama, Ud. ha escrito una historia animada, dramática, con su filosofía y su parte pintoresca, que, se lee con placer y deja en el ánimo una impresión seria y un caudal de conocimientos útiles.

«Es verdad que lo mismo que *Historia de Valparaíso* podría titularse «Historia del Mar del Sur con el pretexto de la de Valparaíso» o «Historia del comercio del Istmo, del Cabo y de la Pampa, a propósito de una Caleta que no hacía gran comercio» o «Historia de todas las aves de pasaje por la puerta (o el puerto) principal de Chile; y todos esos títulos le cuadrarían más que el que Ud. le ha puesto». *Archivo del General Mitre*. Tomo XII.